

DOS POETAS DE LA ESPAÑA LIBERAL



OS hermanos Machado son dos representantes insuperables de una de las grandes épocas del genio español: la que se gesta en el resurgimiento intelectual del siglo XVIII, y en las épicas luchas civiles de la primera mitad del siglo XIX; la que nace con la Restauración y se hincha como una ola magnífica, alcanzando su plenitud en la generación del 98, y en las que viven el primer tercio de nuestra centuria para romperse en una cascada fragosa, de espuma y de violencia, en el trance magno de la revolución y la guerra de 1936 [...]

¡Gran siglo español el siglo liberal de los Machado! Sin poderío material, el alma ibérica dio a luz centenares de ingenios que derramaban su claridad por el mundo. Apenas teníamos colonias, y las que nos restaban se perdieron; no eran buenos nuestros gobernantes; no se hacían en el extranjero propagandas nacionales por graves profesores ni por oradores ditirámicos; el viajero que recorría la Península tenía que sufrir la marcha carretera de los trenes y la incomodidad de las posadas. No obstante, la vida espiritual era divinamente grata [...]

Hoy nos damos cuenta de que vivíamos una existencia elísea. Si íbamos a la Universidad, podíamos oír la palabra viva de Menéndez Pelayo, de Giner, de Cajal. Si abríamos el periódico, recogíamos el pensamiento recién alumbrado de Ganivet y de Unamuno. Si entrábamos en el Ateneo, escuchábamos a Cánovas y a Castelar. El libro recién puesto en los escaparates era de Galdós, de Alarcón, de Pereda, de Valle-Inclán. La obra recién estrenada, de Zorrilla, o de los otros grandes románticos que inyectaron su pasión en el alma del mundo. Y esa obra la representaban Calvo, Vico o María Guerrero. Los versos con los que aprendimos a amar eran de Becquer, de Verdaguer, de Rosalía de Castro. En las exposiciones se presentaban los cuadros de Rosales, de Sorolla, de Pradilla, de Romero de Torres. Para honrar a un muerto ilustre erigía su monumento el cincel de Julio Antonio. En las Cortes, que oyeron a Donoso Cortés, hablaban Maura y Canalejas [...]. ¿Qué otro país, en la misma época, podría presentar una legión parecida? [...]

De lo que fue esa época áurea de España nada nos da idea como sus hombres representativos. Y ya han dejado de serlo, como ocurre siempre en la historia, los que lo fueron, en su actualidad, los hombres políticos, para empezar a serlo los poetas. Leer la vida de Antonio Machado, cuyo ciclo vital se ha cumplido, o la de Manuel, aún, por fortuna, vivo, es leer la versión más auténtica, la que se puede modificar, de la segunda mitad del «Siglo de Oro Liberal» de España.

La vida de los dos hermanos es, además, como un símbolo de la tragedia —y de la esperanza— de la humanidad española. Su fraternidad entrañable la rompe violentamente el hacha de la guerra civil. La guerra les separa y les hace, en apariencia, banderas de dos partidos que se contemplan con ira. Helos aquí, de nuevo reunidos, por la historia y para la eternidad. Antonio ha muerto. Ya es sólo español de la España de todos los españoles. Manuel, en la Península unánime, sigue viviendo por los dos [...]

[Ensayos liberales, 1946.]